

PRÓLOGO

Pedro Trigo es una de las figuras emblemáticas del pensamiento latinoamericano contemporáneo, ya que en él confluyen armónicamente el conocimiento histórico, literario, cultural y social latinoamericano con la reflexión filosófica y teológica. Basta conocer su largo elenco de publicaciones para convencerse de ello.

Este libro, destinado a repensar cómo relacionarnos humanizadamente y cómo salir del callejón sin salida de unas relaciones meramente objetuales, expresa en un lenguaje secular accesible al lector latinoamericano interesado en temas socio-políticos, unas reflexiones y convicciones que tienen su fundamento último y su clave de bóveda en la teología cristiana.

Escribe el filósofo José Ortega y Gasset, a propósito de Velásquez y Goya, que los grandes pintores cuando pintan un cuadro nunca usan el pincel de modo arbitrario o casual, sino que cada pincelada responde como intuitivamente al proyecto general del artista, al diseño, figura, estilo y modo que se quiere plasmar pictóricamente en el lienzo. Algo semejante, valga la comparación, se puede afirmar de esta obra de Pedro Trigo.

En estas páginas el autor trata de las relaciones humanas y humanizadoras en las personas y en la sociedad, de las relaciones no meramente objetuales sino subjetuales, del modo de producción que determina el producto, del trabajo

popular en América Latina, del imaginario alternativo al imaginario neoliberal dominante y al revolucionario, de la necesidad de entrar en la casa del pueblo, de la cotidianidad como el tiempo privilegiado del pueblo, de la internacional de la vida, de la sacralidad de la vida y del sentido biófilo del pueblo, del sujeto histórico y su complejidad ecuménica, del conato agónico del pueblo por la vida, de la convivialidad y de la fiesta.

Trigo habla de los ilustrados que no pueden entrar en la casa del pueblo, de evitar ingenuidades utópicas y pesimismo desesperados, de la necesidad de partir desde bajo y del paso del yo al nosotros, de crecer en fraternidad y de la apertura a formas de humanización diversa de la occidental dominante, de los pobres como seres culturales, de las culturas urbanas, suburbanas, campesinas, indígenas y afroamericanas que pugnan por adquirir bienes civilizatorios sin dejar de ser lo que son, de la pluriculturalidad multiétnica como tercera etapa latinoamericana, del discernimiento pastoral ante la modernidad, hipermodernidad, postmodernidad y postsecularismo, etc.

Pero en cada una de estas múltiples pinceladas socio-culturales y seculares late una visión no solo filosófica sino teológica, una mirada de fe desde la Trinidad que se compadece de la humanidad, como en la contemplación ignaciana de la encarnación del libro de los Ejercicios. El horizonte último de la obra es el Reino escatológico de Dios que se hace presente ya en la historia como Reinado de Dios.

Hay siempre una cristología subyacente, la del Cristo el Hijo que se encarna para darnos vida y formar una comunidad de hijos e hijas del Padre, de hermanos y hermanas, de un Hijo que nos lleva en su corazón y nos hace hijos en él, por el Espíritu.

Aunque el tema eclesial no aflore con frecuencia de modo explícito, el proyecto de la comunidad eclesial como signo y sacramento del Reino está siempre en el horizonte de todas las páginas. En el fondo la misma Iglesia es cuestionada implícitamente, pues se nos obliga a interrogarnos si ella mantiene entre sus miembros relaciones abiertas y horizontales o bien asimétricas y cerradas, si privilegia la primera eclesialidad bautismal del Pueblo de Dios o la segunda eclesialidad ministerial.

La imagen de la comunidad Trinitaria es el trasfondo último que debe regular no solo la Iglesia sino la sociedad. Detrás del sentido de fiesta del pueblo está el banquete escatológico del Reino de Dios.

Trigo afirma reiteradamente que el ilustrado no puede entrar en la casa del pueblo y lo fundamenta críticamente: no se puede entrar desde un complejo de superioridad, desde una actitud de desprecio hacia el pueblo, al que se piensa que hay que ilustrar y del que no se puede aprender nada.

Pero, paradójicamente, Pedro Trigo que forma parte de los profesionales “ilustrados” ha entrado en la casa del pueblo, no como ilustrado para adoctrinar e imponer sino en horizontalidad y vulnerabilidad, dispuesto a escuchar, a ser cuestionado, a aprender, en solidaridad cordial con el pueblo, buscando para todos una vida más digna, sobre todo para los más pobres.

Estas páginas, no casualmente, “huelen a pueblo”, son demasiado lúcidas, concretas, realistas, tolerantes y comprensivas como para haber nacido solamente en bibliotecas y en un escritorio. Hay una connaturalidad con la gente del pueblo, fruto sin duda de una larga experiencia cotidiana y del roce de años en contacto con el pueblo y las comunidades cristianas populares.

Es más, las grandes intuiciones de la necesidad de relaciones humanizadoras han nacido sin duda en gran parte de este contacto con el pueblo pobre, evidentemente no con todos sus miembros —tantas veces violentos, arribistas y corruptos— sino con los pobres con espíritu, con el Espíritu de las bienaventuranzas, los que viven la utopía de la pobreza, en expresiones de Ignacio Ellacuría.

De este modo este libro refleja, una vez más, la verdad de la afirmación evangélica de que los misterios del Reino han sido revelados no a los ilustrados, sino a los sencillos, pobres y pequeños.

Pedro Trigo que ha escrito en varias ocasiones páginas luminosas sobre esta revelación divina a los pobres, confirma aquí su veracidad: los pobres con espíritu le han enseñado lo que son y significan las relaciones humanizadoras, abiertas, horizontales, democráticas, solidarias, en medio del conato agónico por sobrevivir, incluso en medio de la alegría de la fiesta que anticipa sacramentalmente el Reino.

La profundidad y radicalidad utópica de muchas de estas páginas brotan precisamente de esta iluminación que se capta cuando de verdad se ha entrado en la casa del pueblo y desde abajo, desde este lugar humano y teológico privilegiado, se contempla la realidad. No es una radicalidad ideológica, sino evangélica, nazarena.

Esta cercanía al pueblo ha conferido a Trigo tanto una gran originalidad personal como independencia y gran libertad para exponer sus puntos de vista. Gran lector y gran conocedor del pensamiento moderno occidental y latinoamericano, no copia ni repite lo leído, sino que todo lo piensa y repiensa desde su propia experiencia, convicción y conciencia personal. Por esto es a la vez crítico, sorpresivo, brillante e incluso conflictivo. Nadie queda indiferente luego de la lectura de sus libros...

Estas páginas pueden iluminar tanto al ciudadano secular en busca de un sentido humanizador de la historia como al creyente cristiano que desea fundamentar y operativizar su fe en la plural sociedad latinoamericana de hoy. Todos pueden entrar en un dinamismo relacional y humanizador.

Todos/as están invitados a contemplar esta gran pintura de la realidad latinoamericana de hoy. Cada página es una nueva pincelada inspiradora y provocadora, el conjunto constituye un cuadro a la vez profundamente humano, ético y bello. Responde al proyecto de Dios.

VÍCTOR CODINA S.J.
Cochabamba, Bolivia, abril 2013

INTRODUCCIÓN

Este libro nace de la convicción de que el predominio del saber objetual y el de las relaciones objetuales, nos está llevando a un callejón sin salida. Se pone atención a lo que hay que conocer y a lo que hay que hacer. A contenidos y procesos objetivados. Es el mundo de la ciencia y la técnica, pero también el de las virtudes y prescripciones morales. En el primer mundo esa visión objetivadora se expresa no sólo en el ámbito de la economía sino en el de las relaciones sociales e incluso en el del bienestar, que es tenido como el mundo-de-vida por el que merece la pena todo lo demás.

En el tercer mundo ese saber objetual va todavía muy rezagado y las relaciones distan mucho de estar protocolizadas. Sin embargo, todo el futuro se cifra en avanzar en esta dirección. Nosotros pensamos que, en efecto, hay que avanzar muchísimo en saberes objetuales y en relaciones objetivadas, pero estamos también convencidos de que, si esa dirección logra imponerse, sólo lograremos que el primer mundo no tenga exterioridad y que por eso le resulte muchísimo más difícil corregir el rumbo y evitar la catástrofe.

Hablando en la mejor de las hipótesis dentro de la dirección dominante, que consistiría en que conozcamos objetivamente y hagamos lo que es conveniente, sostenemos que no basta hacer el bien, que es preciso hacerlo bien, porque, si no reparamos en cómo lo hacemos, podría suceder que lo que hagamos con una mano lo deshagamos con la otra.

Por eso en este libro vamos a hablar, no tanto de magnitudes objetivas sino de los modos de imaginar, de pensar, de relacionarnos, de hacer; de cómo llegamos a lo que llegamos.

La máxima que lo presidirá, que si no hubiera sido tan chocante la habríamos puesto como título, es que el modo de producción determina el producto. Esto es así porque es el producto en ciernes. Por ejemplo, si un cambio político se lleva a cabo por medios predominantemente militares, la situación que resulte tendrá un predominio del componente militar. Si es un líder carismático el que sugiere de tal modo a la ciudadanía que logra que la siga, el nuevo escenario que salga de ahí tendrá un componente personalista, que no será tan fácil de balancear por el peso de las instituciones. Si es un partido el que lleva todo el peso de la propuesta, parecería que el régimen que advenga será en un componente bastante elevado una partidocracia. Si el cambio se lleva a cabo mediante movilizaciones sociales, la nueva situación estará signada por el predominio de lo social sobre lo político. Si son los actores económicos quienes provocaron la caída de lo anterior y el surgimiento de lo nuevo, es normal que lo que surge estará dominado por ellos y que los políticos no serán más que sus causahabientes. Si el cambio ha venido propiciado mediante discusiones públicas de muchos actores sociales de diversa índole en base a datos pertinentes y argumentaciones sólidas y a través de ellas los ciudadanos han llegado a formarse una opinión madura de la situación y sus posibilidades, lo que surja de ese proceso tendrá el cuño de la deliberación ciudadana y ella tendrá que ser tomada en cuenta por quienes hayan llegado al poder que se verán como sus representantes.

Como se ve por este ejemplo, lo más decisivo no son los programas, que bien pueden ser coincidentes en lo

sustancial, sino el modo de llegar al poder y de entender su desempeño. En ese sentido preciso decimos que el modo de producción determina el producto.

Lo mismo podemos decir de diversas instituciones educativas que den los mismos contenidos, pero una con un régimen militarizado, otra con un régimen absolutamente objetivado en el que sólo cuenta la trasmisión eficaz de esos contenidos, otra con una relación personalizada en la que el punto de partida sea la realidad de los alumnos y entienda la educación como un proceso desde donde está cada quien hacia el horizonte propuesto en tanto sea aceptado por los alumnos, distinguiendo los bienes civilizatorios que los van a potenciar en todo caso y los proyectos sociales, tanto los establecidos como los alternativos, para que los alumnos elijan su camino. En las tres hipótesis queda claro que el modo de producción determina el producto.

Pues bien, en este libro proponemos las relaciones de fe, las que configuran lo que podemos llamar la cultura de la democracia y las relaciones que tienen lugar en el imaginario alternativo al imaginario vigente y al revolucionario, como las relaciones humanizadoras. Desde ellas proponemos discernir las relaciones que dan el tono a la ciudad globalizada: tanto lo que debe quedar de la modernidad, como las de la hipermodernidad y las de la postmodernidad, y, entre ellas, las del post-secularismo. Finalizamos discerniendo la nueva época que se abre en nuestra región y proponemos en Nuestra América relaciones que entrañen el reconocimiento de su carácter multiétnico y pluricultural en un estado de justicia y de interacción simbiótica superando la relación ilustrada.

Como se ve, partimos de las relaciones más elementales y medulares, constituyentes de la humanidad cualitativa de los seres humanos y del espacio social como un medio

humano, y concluimos con las que encierran más complejidad porque intervienen muchísimas variables, actores, estructuras e instituciones. Nuestra propuesta es que éstas, para que propicien la humanización de los implicados, que es su objetivo último, deben contener a aquéllas.

Creemos que en unos casos tenemos que entrar en largos procesos de aprendizaje, y en otros, además, y para posibilitar estos procesos, tenemos que desaprender modos de relacionarnos que están muy internalizados. Deseamos que este libro pueda ayudar tanto a espolear el deseo de entrar resueltamente por ellos como a facilitar ese arduo pero fecundo camino.